



Justo S. Alarcón

Para mi hijo Miguelito

El canario



Junio 20

Por las calles del pequeño pueblo, pasaba la pareja de Abuelo y Nieto. El viejo, con la vista baja, iba mirando al suelo. El niño, con la cabeza levantada, oía el canto de los pájaros enjaulados en los diversos balcones de las viejas casonas. Los trinos se mezclaban en una algarabía de un atardecer veraniego. Caminaban hacia el parque, cogidos de la mano.

* * *

- Y hoy, ¿qué me vas a contar sobre mi papá, abuelito?

- Nene, hoy te voy a contar lo que una vez quería tu papá. No sé por qué, pero tenía muchos deseos de tener dos cosas. Una, era un canario y, otra, un perrito. Se nos hacía difícil darle gusto, porque, por un lado, no teníamos

dinero en aquel tiempo, y, por otro, teníamos un gato muy peleonero y sabíamos, de seguro, que el perro se pelearía con el gato y el gato se comería al canario.

- Entonces, abuelito, ¿él nunca pudo tener esas dos cosas?

- Pues, no. Por el momento, no. A mí también me hubiera gustado tener esos dos animalitos, porque el perro es un buen amigo de los niños, y el canario, con su canto, alegra a una familia. Pero, por las razones que te di, no pudimos darle esos dos gustos a tu papá.

- Entonces, abuelito, ahí se terminó todo, ¿verdad?

- No, nene, no. Aquí comienza el cuento.

- Pues, a ver, cuéntamelo, abuelito, que quiero saberlo.

- En vista de que nosotros no podíamos comprarle esos dos animalitos, él se contentaba divirtiéndose con los de los vecinos. Una vez, algún tiempo después, un vecino me contó que tu papá se pasaba horas mirando a un canario que una de las vecinas tenía en una jaula que estaba colgada de la ventana. Se sentaba debajo, en la banqueta de enfrente, y lo miraba cómo saltaba y se bañaba, y lo escuchaba cantar por mucho tiempo. Así pasaban los días. Tu papá estaba fascinado por el canario y por su canto.

- Abuelito, ¿eso te lo dijo a ti un vecino?

- Sí, nene, me lo dijo el vecino del lado, que era el barbero del pueblo. Pero aún hay más, pues dice que una vez llamó a la puerta de la dueña del canario y le entregó una bolsita. La señora le preguntó qué era. Y él le dijo que era comida para su canario. La señora le debió ver en los ojos y en el alma de tu padre algo especial, porque le preguntó que si él tenía un canario. Tu papá le dijo que no, que éramos pobres y que, además, teníamos un gato muy malo, que comía pájaros. Por el momento, la señora lo escuchó. Después...

- Después, ¿qué pasó, abuelito?

- Después, la señora le dijo que ella tenía una pareja de canarios y que estaban criando a unos hijitos. Que cuando sus papás los criaran, que ella hablaría con tu abuelita y conmigo, a ver si queríamos uno.

- ¿Y se lo dieron a mi papá, abuelito?

- Sí, nene. Semanas más tarde, la señora habló con tu abuelita, y decidimos aceptar el regalo del canario, para tu papá. Era un pajarito amarillo, muy chiquito y muy bonito.

- Abuelito, ¿y cómo le hacía papá para que el gato no se lo comiera?

- Yo tuve que poner un clavo en la pared, y colgamos la jaula del clavo, y en alto, para que el gato no le alcanzara. Después de unos días, el gato se acostumbró al canario, y ya ni caso le hacía.

- Y, ¿cantaba bien el canario?

- Muy bien, nene, muy bien. Todas las mañanas nos despertaba con su hermoso canto. Nos servía de despertador, y nos avisaba que era hora de levantarnos para ir a la escuela. A tu abuelita también le gustaba mucho, porque a ella también le encantaba cantar todos los días. Con los cantos de la abuelita y los trinos del canario, todos estábamos muy alegres y contentos.

- Y, ¿qué más, abuelito?

- Pues, los años pasaban. Tu papá creció y, un día muy triste, muy triste, el canario, ya de viejo, se le murió.

- ¿Se murió, abuelito? Y...

- Y... tu papá, con mucho cuidado, le hizo una camita de algodón, lo metió en una cajita de cartón y, después de haberle hecho un hoyo debajo del rosál más hermoso que tenía tu abuelita en el jardín, puso la cajita en el hoyo. Después, lo cubrió de tierra y le colocó encima una cruz de palitos que él mismo había hecho. Dos lágrimas le rodaron por la mejilla. Tu abuelita y yo le acompañamos en el entierro. Desde aquel año, durante todas las primaveras, el rosál daba flores muy hermosas. Sus pétalos eran muy amarillos, como las plumas del canario. Tu abuelita decía que las rosas desprendían un perfume tan fuerte y atractivo como los trinos del canario cuando estaba vivo.

* * *

Después de un largo rato, Abuelo y Nieto se encaminaban hacia la casa. La gente concluía su animado y alegre cotilleo. Era la hora de la cena. Los niños, todavía retozando, se iban acercando a sus padres. Grupos de familias se iban encaminando hacia sus casas por las angostas calles del pueblo. Sola se quedaba la plaza. Los gorriones, escondiéndose en los espesos ramajes de las moreras, despedían a la gente con su acostumbrado concierto en un ruidoso e íntimo cuchicheo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

